



PALOS DE CIEGO GACETA



**Nº 10
OCTUBRE 2026
www.palosdeciego.es**

EDITORIAL

AQUÍ VIVE GENTE

Nos llaman la España vaciada y me chirría mucho esa expresión; quizá porque cuando miro por la ventana veo casas, huertas, montes, caminos, ganado. Veo al vecino que sale temprano con el tractor, al que abre el bar, aunque esa mañana entren cuatro personas, al jubilado que limpia las hierbas de *su lado* de la calle, a una mujer esperando el bibliobús y a alguien que acaba de comprar una casa y lleva semanas sacando escombros.

Aquí vive gente.

Somos pocos, puede ser. Los pueblos han visto marcharse a los jóvenes porque aquí no encontraban trabajo, estudios o futuro. Se cerraron escuelas porque faltaban niños. Desaparecieron comercios porque no había suficientes clientes. Los médicos comenzaron a venir menos días o a centralizar las consultas. Los autobuses redujeron frecuencias y en algunos sitios dejaron de pasar. Se cerraron bancos, oficinas y servicios.

Y entonces surgió esa expresión para definir el resultado.

España vaciada.

Pero conviene preguntarse quién vació qué. Porque esta situación tiene trampa. Sí, somos pocos, y

mantener un servicio deja de ser rentable, entonces se elimina. Entonces vivir aquí se hace un poco más difícil y alguien decide marcharse y somos todavía menos y resulta más sencillo justificar el siguiente recorte. Eso justifica una decisión tomada de antemano, con un propósito: que mantener servicios en los pueblos no merece la pena porque ya no queda nadie.

Y, sin embargo, quedamos. Y van llegando otros. Esto no es una impresión; los municipios españoles llevan varios años recuperando habitantes. Nada que nos permita anunciar el final de la despoblación, pero algo sí está cambiando. Mucha gente empieza a mirar hacia los pueblos, no como el lugar al que escapar, sino como el lugar al que llegar. Un proyecto de futuro

Quizá porque también las ciudades se están mostrando inhabitables. Alquileres desproporcionados, pisos minúsculos, desplazamientos interminables, ruido, tráfico, prisas. Y de pronto aquella casa del pueblo que durante años parecía no valer nada comienza a verse de otra manera; como una solución.

Hay un tejado que reparar, las paredes están torcidas, también una huerta comida por las zarzas y seguramente una gotera que te sorprenderá el

próximo invierno. Pero tiene espacio, silencio y una puerta que da directamente a una calle tranquila. Tiene un monte detrás y quizá una habitación desde la que trabajar conectado al resto del mundo.

Algunos están volviendo. Otros llegamos nuevos, con los ojos encendidos de ilusión, a un lugar donde tenemos una oportunidad. Pero para aprovecharla tenemos que dejar de tratar el mundo rural como un territorio residual. No podemos pedir a una familia que se instale en un pueblo si el pediatra está a cincuenta kilómetros, necesita dos coches porque no existe transporte público, sus hijos deberán marcharse para estudiar, no hay vivienda disponible, aunque sobren casas cerradas, y una conexión a Internet decente depende de la suerte que tengas al elegir la calle.

Repoblar no consiste en hacer una campaña publicitaria con una fotografía bonita de una montaña; consiste en hacer posible vivir allí recuperando viviendas abandonadas y facilitando su alquiler antes de que se caigan. Crear ayudas para rehabilitarlas, respetando la arquitectura tradicional. Proveer transporte a demanda cuando un autobús medio vacío carece de sentido. Mantener consultorios y acercar servicios de forma itinerante. Garantizar buenas comunicaciones digitales. Facilitar espacios de trabajo compartidos.

Apoyar al pequeño comercio y a quien decide abrir un taller, una explotación, una empresa o trabajar desde casa.

La actual estrategia estatal frente al reto demográfico habla ya de garantizar el acceso a los servicios cotidianos aproximadamente a media hora y de facilitar vivienda, conectividad y oportunidades para que vivir en un municipio rural sea una elección viable.

Todo esto está muy bien, pero hay otra cosa que no cuesta dinero. Usar las palabras adecuadas, porque llamar vacío a un territorio tiene consecuencias. Un espacio vacío parece disponible, convierte al territorio en un lugar donde es posible instalar, extraer, ocupar o transformar sin que nadie se queje. Y aquí sí deberíamos levantar la voz; y quejarnos. No se trata de estar a favor o en contra del progreso, sino de preguntarnos qué entendemos por progreso y quién decide cómo debe ser. Quizá el futuro de nuestros pueblos no consista en reproducir el modelo de las ciudades, basado en crecer, producir y consumir cada vez más. Tal vez aquí podamos buscar otros caminos: aprovechar lo cercano, consumir lo necesario, favorecer a los pequeños productores y generar oportunidades sin destruir aquello que precisamente hace diferente y habitable nuestro territorio. Lo que no queremos es convertirnos en la despensa, la batería o el vertedero de

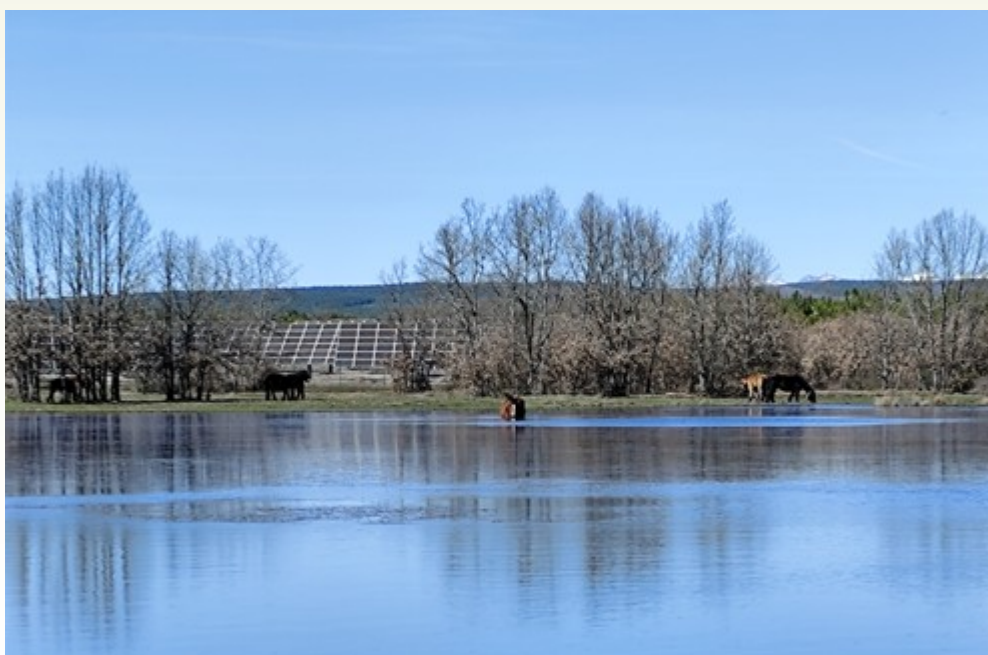
los demás; no queremos ser el producto con el que otros se enriquecen. Si nuestros montes producen energía, si nuestra tierra genera alimentos, si nuestros ríos proporcionan agua, si nuestro paisaje atrae visitantes y si nuestro territorio alberga los proyectos que necesita el conjunto de la sociedad, quienes vivimos aquí debemos participar en las decisiones, tener capacidad para protegerlo y también ser receptores de sus beneficios. No somos figurantes dentro de un paisaje bonito, somos sus habitantes.

Quizá estemos ante una oportunidad, porque muchas personas están ahora mirando su futuro fuera de la ciudad, hacia nosotros, y sí, estamos deseosos de recibirles, pero primero debemos cuidar a quienes no se fueron. Porque sería absurdo

buscar nuevos pobladores mientras hacemos más difícil la vida de los que ya estamos aquí.

Tal vez haya llegado el momento de cambiar la expresión. No somos la España vaciada; somos pueblos pequeños en el territorio rural y necesitamos servicios y oportunidades como cualquier otro ciudadano, no caridad.

Si no sabes de lo que te hablo, acércate, abandona la autovía, toma una carretera comarcal y después esa otra mucho más estrecha; una que llegue hasta un pueblo. Aparca en la plaza, entra en el bar, tómate un vino, habla con la gente, y verás que no encuentras vacío, verás que **aquí vive gente, aquí vivo yo.**



SUMARIO

AGRO CULTURA
IGNACIO CHAVARRÍA

6

EL VALLE INFINITO
CRISTINA FLANTAINS

7

HASTA LA VISTA AMIGAS
MONSE ROBLES CASTRO

9

LA RIQUEZA DE NUESTRA LENGUA
TAMBIÉN SE ESCONDE EN NUESTROS
PUEBLOS
MERCEDES G. ROJO

11

RUEDAS
MARTA GÓMEZ

15

SANTA MARÍA DE SANDOVAL
PILAR GARCÍA LLAMAZARES

17

SIN ETIQUETA
NINA PEÑASACRA

19

TIEMPO DE VENDIMIA Y OTROS
PENSAMIENTOS
MIRVA VALDEBURÓN

21

OJO CRÍTICO
EL PUEBLO DUERME
JUAN CARLOS MARTÍNEZ

23

AGRO CULTURA

IGNACIO CHAVARRÍA

Cuando decidí cambiar la ciudad por el pueblo, buscaba muchas cosas y temía otras tantas. *Soledad* era la palabra que más me repetía todo el mundo. Soledad. Una palabra con una dualidad interesante, ¿temida o deseada? Es la soledad la que marca en muchas ocasiones la vida en un pequeño pueblo, de esos que llaman vaciados y que deberían llamarse abandonados. Pueblos donde tener un bar es un lujo, donde los inviernos se hacen largos y los caminos, solitarios.

Lo que encontré fue bastante diferente a lo que me pronosticaban. Encontré pequeñas burbujas donde la cultura germina. Encontré reuniones clandestinas donde las palabras cobran sentido y las conversaciones se extienden, regadas de vinos y cervezas, más allá de la medianoche, sin campanadas, sin zapatitos de cristal ni príncipes pesados. Encontré pequeñas capillitas donde los libros hacen trasbordo entre almas. Encontré música. Encontré artistas callejeros

pintando paredes contempladas por las vacas. Encontré mujeres que leen entre fogones y comentan mientras hilan. Encontré filosofía en la forma de vida, en el día a día. Encontré vecinos, gente que se saluda, que se preocupa si no te ve en unos días, que se ofrece si hace falta. Encontré una comunidad. Encontré almas perdidas, atormentadas, boqueando en la superficie, buscando un poco de aire que les permita continuar; almas escondidas, a veces retiradas de un mundo donde no se sentían a gusto, donde no querían estar. Encontré que los caminos solitarios están llenos de paz y que, cuando te cruzas con alguien, no bajas la mirada ni escondes el saludo; muy al contrario, sin prisa, con tiempo, te paras y hablas el rato que haga falta, porque lo importante en ese momento es esa conversación y cualquier otra cosa ya se atenderá.

La cultura en los pueblos habla un idioma diferente: más pausado, menos engolado, igual de trascendente. La cultura en los pueblos se extiende, se comparte, busca recovecos para avanzar entre muros de adobe y verdes campos, se transforma y, poco a poco, revoluciona.

Al final encontré lo que temía encontrar; en la soledad de este pueblo encontré la compañía que buscaba.

Ignacio Chavarría



EL VALLE INFINITO

C. FLANTAINS

Yo encontraba en aquellas manos que enredaban en mi pelo una ternura sin igual. Primero me lo cepillaba bien haciendo en la mitad de mi cabeza un raya tan derecha que la separaba en dos mitades idénticas y luego me lo trenzaba en dos coletas, también idénticas, que remataba en un lazo hecho con un cordón de algodón rojo. Mientras ocurría aquello conversábamos: que si qué tal has dormido hoy, que con qué soñaste, que si esa cara tan bonita cualquier día me la como a besos, a lo que seguía mi risa celebrando tanto cariño.

La tía Doris había vivido mucho tiempo en el extranjero. Era hermana de mi abuela y ya jubilada había vuelto a su casa para estar tranquila, decía, y sobre todo porque le gustaba más este sol y más todavía el paisaje de su pueblo, Castro del Condado.

Luego, cuando terminaba de peinarme, subíamos al monte Candajo a echar la mañana a la sombra de algún rebollo y desde allí veíamos la cordillera, sus picos agrestes que poseían todos los azules imaginables. Ella se sentaba a leer algún libro que llevaba para entretenerse mientras yo enredaba pero siempre, en algún momento, acababa posando su mirada en el mismo pico y cuando yo la veía pararse allí, con el libro abandonado sobre el regazo, aprovechaba para preguntarle:

– Tía ¿cómo era la historia de aquel agua que se lo trago toooooodo?

– ¿No te cansas de escucharla? – Me contestaba y comenzaba. – ¿Ves aquellas montañas un poco más bajas y más azules? Es Sotillo, justo ahí empieza la Cordillera Cantábrica y por la derecha está el río Esla y por la izquierda, después de Boñar, que está allá – agitaba su mano trazando una línea recta hasta el infinito y más allá – :el Porma, ¡menudas truchas con jamón bajan por ahí! – y yo vuelta a reírme.

– Querrás decir que suben – decía yo a sabiendas de dónde estaba el mar.

– Pues no, bajan hasta el Esla y el Esla lleva el agua hasta el Duero y el Duero se lleva la fama. – ¿Qué fama tía Doris?

– ¡Pues la del agua! ¡Qué fama va a ser!

Y yo me conformaba para que llegara rápidamente a la parte de la historia que me gustaba.

– ¿Ves a la derecha de Sotillo una montaña mucho más alta y blanca?

– La veo– decía yo mirando a lo lejos muy segura de que la veía.

– Pues al pie de esa hay un pueblo llamado Cistierna, la Peña Corada está justo detrás y más atrás, pasando otros cuantos picos, había un valle precioso con varios pueblos: Riaño, Burón, Pedrosa del Rey, La

Puerta, Salio, Huelde, Anciles, Éscaro ¿no sé si me dejó alguno en el tinte-ro? – y me miraba expectante con su sonrisa tierna

–¡Vegacerneja!– gritaba yo porque me encantaba aquel nombre. Y mi tía se callaba, mientras yo saltaba alzando los brazos como quien llega a la meta.

– Qué pasó luego tía Doris –.

–Que se los tragó el agua–.

Y entonces era yo la que me callaba y me sentaba sin desprender los

ojos de aquella lejanía de pico descarnado y duro, imaginándome unas fauces inmensas que sin compasión se tragaban el valle precioso, lleno de pueblos, sin casi explicarme, cómo podía haber algo, aunque fuera agua, con las fauces tan grandes.

Cristina Flantains



HASTA LA VISTA AMIGAS

MONSE ROBLES CASTRO

Últimos días de agosto. El pueblo está silencioso porque muchos de los veraneantes ya se han ido.

Las tardes del final del verano tienen una cualidad especial que las diferencia. No sé si es el silencio, la temperatura suave, la luz dorada y cálida del atardecer, la nostalgia del final del verano, cierta melancolía...

Ha llovido durante tres días seguidos. Empezó con una ruidosa tormenta, pero a continuación el tiempo se quedó, como aquí decimos, “invernizo” y durante los tres días siguientes llovió y llovió y bajaron mucho las temperaturas. Se puso totalmente otoñal. La tierra recibió sedienta y agradecida la fresca lluvia. De pronto todo empezó a reverdecer.

Pero otra cosa más sucedió. Un día los cables de la luz, los alfeizares de las ventanas, las antenas de televisión se vieron llenas de golondrinas, decenas y decenas de ellas.

¿Qué pasaba? ¿Por qué estaban así, todas juntas? Y, además, cantando alegremente.

Ah, claro. Llegó el final del verano. Las aves, cumplida su misión estival, se preparaban para viajar. Han anidado y han sacado adelante a sus pollos. Una ardua tarea que repiten verano tras verano. Las hembras han elegido a los machos con las colas más largas

y simétricas y con las gorgueras más rojas. Las parejas, monógamas y fieles repiten año tras año, volviendo siempre al mismo lugar adonde nacieron. Los ejemplares que han nacido este verano se unirán para emigrar hacia el Sur, sin haberlo visto, ni haberlo hecho nunca. ¿Cómo pueden orientarse a través de miles de kilómetros atravesando el Mediterráneo, el Norte de África, el Sáhara... en un viaje de unos 8.000 km hasta llegar al África Subsahariana? Es todo un enigma. Los investigadores lanzan sus hipótesis: ¿pueden tener magnetita en el cerebro? Tal vez.

Las infatigables aves empiezan su periplo reuniéndose en grupos variables que van empezando a volar y volar siempre hacia el Sur. En el trayecto van descansando en pueblos y aldeas sobre cables de la luz y antenas de televisión, haciendo unos 200 km diarios. Y todo con un peso de cada ave de entre 16 y 20 gramos.

Como los trayectos son tan agotadores, para cruzar el mar, a veces aprovechan los barcos. Se las puede ver descansando por las noches alineadas sobre los mástiles.

Después de unos 60 días de viaje llegan finalmente a sus cuarteles de invierno, donde estarán abrigadas por las buenas temperaturas del Trópico y lejos de los rigores invernales del Nor-

te. Hasta que la llamada de la naturaleza las reclame de nuevo, cuando el invierno esté llegando a su fin.

Pero, entre tanto, nuestros cielos se han quedado vacíos y silenciosos, sin el alegre vuelo y el escándalo de golondrinas, aviones y vencejos. Sólo nos queda la melancolía del otoño y la certeza del invierno que se avecina. “Winter is coming”

Vuestra llegada, queridas aves, nos anunció el buen tiempo. Ahora, vuestra ausencia, nos trae el vaticinio del invierno, del frío, la lluvia y la soledad en nuestros pequeños pueblos.

Pero nos veremos la próxima primavera.

¡Hasta pronto amigas, os esperamos!

Monse Robles Castro



LA RIQUEZA DE NUESTRA LENGUA TAMBIÉN SE ESCONDE EN NUESTROS PUEBLOS

Mercedes G. Rojo

Cuando hace ya algunos años comencé una fase profesional que me llevó por muchos pueblos de la provincia llevando formación y cultura a la población de los mismos (fundamentalmente mujeres, porque eran casi exclusivamente ellas las que acudían a las actividades) me encontré con una realidad que, en muchos casos, hacía que aquellas participantes se avergonzaran en parte de sí mismas. A día de hoy parece muy lejano hablar de lo que eran los cole-tazos del pasado siglo XX (vamos, otro siglo, nunca mejor dicho), pero ahí estábamos, y gran parte de la oferta formativa para personas adultas que en aquel momento se ofrecía en las diferentes comarcas de nuestra provincia, estaba organizada por animadoras y animadores de los CEAS (la mayoría también eran “ellas”), Centros de Acción Social, cuya tarea parecía estar mucho más presente en los pueblos que a día de hoy, preocupándose por buscar, de manera individualizada, profesionales con proyectos que se adaptasen a la realidad y a las necesidades culturales del territorio y la gente que vivía en el mismo y no empresas que lo mismo sirvan para un roto que para un descosido. Y así, con el paso del tiempo, fruto de un claro cambio de políticas, y sin duda de otros asuntillos más, las cosas se han ido yendo por otros derroteros mientras aquellas profesionales se van poco a poco jubilando. Todo ello ha ido cambiando el perfil de las actividades y, en parte, también el perfil de quienes asisten a ellas, porque los

pueblos han ido transformándose a través de quienes los habitan. Y sin embargo, hay realidades que siguen sin cambiar.

Mis primeras incursiones en la tarea que comento, y que pone el marco al tema de hoy, comenzaron en territorio atendido por el CEAS de Villablino, pueblos algunos de ellos bien metidos en la montaña. Luego vendrían otros lugares repartidos por Cabrera, Bierzo, la conocida como Montaña Leonesa y resto de la provincia; en muchas ocasiones pueblos a los que casi nadie quería desplazarse, fundamentalmente por el tiempo que implica llegar a las mismas. En la mayoría de aquellos pueblos, aparte de esa mayoritaria sino total presencia femenina, una característica común se hacía patente: el hecho de que muchas de las personas que asistían a las actividades, continuamente, se me disculpaban por, según ellas, “hablar tan mal”. Es cierto que, en ocasiones, yo no las entendía cuando utilizaban determinadas palabras, pero el problema no era tanto que ellas hablaran mal sino que yo misma desconocía algunos de los elementos a los que se referían con sus palabras o expresiones, a menudo ligados al mundo del campo o de la naturaleza, o que –proveniente de una comarca muy diferente a la suya– los conocía bajo otro nombre. Y si a esa diferencia unimos el tema de los acentos que –según la comarca– cambian tan a menudo, la cosa se me complicaba aún más. Y es que, en este sentido, he de reconocer que yo nunca he sido muy buena con

las lenguas, y que tengo lo que se dice un “oído bastante duro”, quizá por una profunda sensación de ridículo que se instaló en mí siendo apenas una niña desde una temprana experiencia vivida (aún no había cumplido los cinco años), aunque apenas la recuerde más que desde la repetición del relato paterno, algo que tal vez en otro momento pueda compartir. Sin embargo, y a pesar de esa dificultad de entendimiento entre ellas y yo que a veces surgía, para mí no era necesaria esa continua disculpa que repetidamente me encontraba en sus labios, porque si es verdad que, inicialmente, a veces no entendía de lo que me estaban hablando, jamás se me ocurrió pensar que el fallo era de ellas que eran las que hablaban sino más bien mía que desconocía muchos de los aspectos, elementos o circunstancias a los que se referían: objetos que no había llegado a conocer nunca, labores cuya realización ignoraba por completo, etc., etc. Y así, más de una vez les llegué a referir, en relación con el mundo de las plantas, en cuya nomenclatura diferíamos bastante, una

anécdota personal vivida en una etapa en la que me encontraba en tierras de Andalucía. Allí, en una visita a la Sierra de Cazorla se me dio la circunstancia de discutir largo y tendido con una amiga, andaluza, claro está, por la hierba aromática que se extendía a nuestro alrededor. Ella me señalaba la abundante presencia de tomillo y yo, por mucho que me empeñaba en mirar, no veía a mi alrededor ninguna de las variedades que yo conocía bajo ese nombre en nuestra provincia sino más bien una amplia presencia de cantueso (la lavanda silvestre de nuestros montes). Al final resultó ser que, de alguna manera, ambas teníamos razón porque uno de los nombres que esta planta tiene en algunas zonas es la de “tomillo de san Juan”; vamos, para abreviar, tomillo a secas. Venga esta pequeña anécdota a ilustrar como nuestra cultura, y en especial nuestra cultura rural, es todo un mundo que encierra una riqueza inmaterial incalculable que no deberíamos dejar perder, aunque solo sea para custodiarla dentro del bagaje personal de cada uno de nosotros.



En aquel entonces, en más de una ocasión me costó hacerles entender que la mayor parte de las veces esas palabras que durante años les hicieron sentir de menos, no eran producto de la ignorancia (como durante décadas les habían inculcado incluso desde la escuela, a través de un cuerpo de maestros instruido para igualar identidades) sino de diferentes realidades heredadas de una cultura ancestral que había ido evolucionando de manera distinta en cada comarca, con lo que eso supone de elemento identitario propio y de riqueza territorial. Y es que, mientras en otras regiones se había luchado por defender ese lenguaje propio, en León se había intentado hacer tabla rasa y homogeneizar el lenguaje con el castellano normalizado, una realidad que afortunadamente hoy va cambiando poco a poco, lo que nos permite rescatar nuestra riqueza patrimonial que no tiene por qué anular la presencia de lo normalizado. En este sentido yo he de reconocer que, personalmente, he aprendido mucho en mi periplo laboral por los pueblos de nuestra provincia, todos muy parecidos en lo básico, todos muy diferentes, lo que me hace insistir en lo importante que es reconocer a cada cual sus méritos y resguardar del olvido todos esos elementos diferenciadores, que son la base de lo que hoy somos, como cultura.

Centrándonos precisamente en lo que al lenguaje se refiere, en gran parte, esa riqueza de la que hablamos ha quedado salvaguardada en la memoria de todas aquellas personas que, viviendo o no en nuestras zonas rurales, han sabido ser fieles a nuestras raíces. Es cierto que el lenguaje evoluciona, el lenguaje se contamina, pero

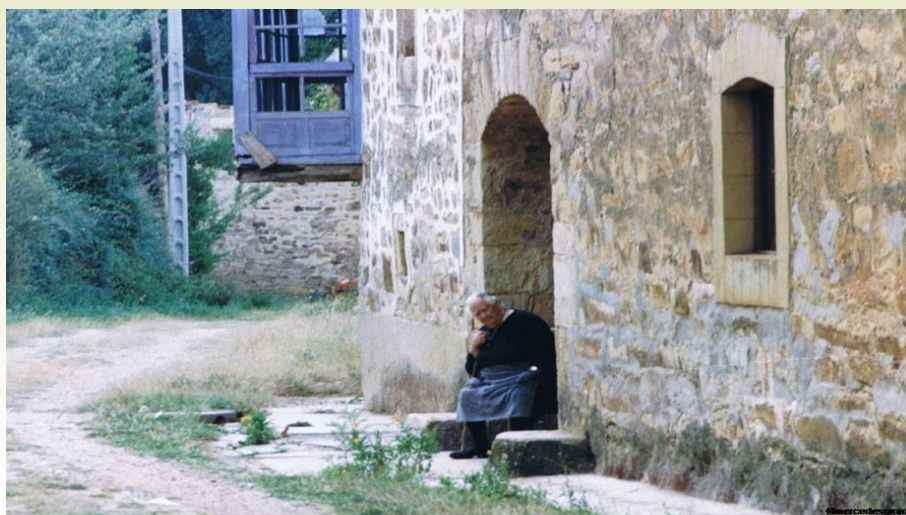
esta realidad no debería servir de disculpa para hacernos perder palabras tan bonitas y tan nuestras, a veces también palabras tan crueles, como las que salpican nuestro lenguaje diario (la mayor parte de las veces sin ser conscientes de ellas hasta que las utilizamos en un ámbito geográfico muy diferente al nuestro). Nos ha costado hacernos conscientes de esas diferencias que enriquecen nuestro lenguaje, y a la percepción de las mismas como riqueza y no como muestra de un empobrecimiento cultural vienen a contribuir diferentes circunstancias: la presencia de cada vez más autores que utilizan variantes de esa lengua astur-leonesa que hasta bien poco no se reconocía, la creación de esa Cátedra de Estudios Leoneses (ligada a la ULE) con proyectos encaminados a salvaguardar y extender el conocimiento de usos lingüísticos propios, el reconocimiento de personas como Eva González Fernández, madre del pachuezo, y una de las protagonistas del proyecto “Rescatar la Memoria” en el que la hemos incluido... Y mucho más recientemente, en este mismo año, la edición de un nuevo libro sobre lenguaje escrito por la filóloga leonesa Margarita Álvarez, proveniente de la comarca de la Omaña. *Hablando en femenino. Mujer y lenguaje*, es el cuarto libro dedicado a esta disciplina, el lenguaje, escrito por esta autora, junto a otros dos centrados más en el habla de comarca omañesa (*El habla tradicional de la Omaña Baja*, 2010; y *Omaña, la voz del agua*, 2024) y uno más genérico como fue *Palabras hilvanadas: el lenguaje del menosprecio* (2021). En todos los casos, tanto los más genéricos como los más comarcales, a través de ese rescate y análisis

del lenguaje que nos deja en cada uno de ellos, nos hace conscientes de que las verdaderas guardianas de las raíces de nuestra cultura siguen estando en los pueblos, cada vez menos, es cierto (son los inevitables efectos de la globalización) pero aún sigue siendo así; personas, mujeres y hombres, que aún guardan en su memoria, sino en su decir diario, como se nombraban las cosas, las labores, los sentimientos, las emociones,..., en cada uno de los lugares de los que procedemos. En algunos casos, tal vez salvaguardarlas ya no sea posible, al menos desde su presencia, pero igual rascando un poquito en la memoria que guardamos de ellos y de su relato cotidiano, seamos capaces de rescatar algunas.

Y no, no es nostalgia, es, simplemente, reconocer el valor que cada cual tiene en la evolución de un lenguaje y una cultura. Y no dejarnos homogeneizar por otras que vienen de fuera sino enriquecernos con aquellas y con estas. ¿O acaso no es más bonito e interesante rescatar nuestro propio lenguaje que dejarnos llevar por extranjerismos cuyo significado nos cuesta entender muchas veces?

A nuestro alrededor se esconden palabras capaces de definir mucho más exactamente todos y cada uno de los elementos que conforman nuestra verdadera cultura, nuestras auténticas raíces. Y, sin necesidad de tener que renunciar a lo que se nos viene encima en este mundo cada vez más globalizado, escarbemos en el significado de esas palabras, de esas expresiones que nos acompañaron desde nuestra infancia, impidiendo que se pierdan para siempre. Así que, por mi parte, gracias a todas esas personas que, como Margarita, se esfuerzan en rescatarlas y en explicarnos su significado y su evolución. Y para los demás, recomendarles leerlas y, sobre todo, invitarles a recoger el vocabulario de quienes aún habitan nuestros pueblos, custodiando el conocimiento de aquello que se ha ido perdiendo pero también de lo que aún permanece. Para que podamos seguir viviendo en un mundo polivalente donde, además de lo común, también seamos capaces de conservar lo que nos diferencia. Porque la globalización total, la homogeneización, sirve para empobrecer la mente en vez de seguir haciéndola crecer.

Mercedes G. Rojo



RUEDAS

Marta Gómez

*“Desconfíe de aquel que no tenga
Ni la más mínima cicatriz
Averigüe su propio camino
Y descréase del porvenir”.*
El Kanka. Para vivir (2022).

Era inevitable, cada vez que Benjamín empujaba la palanca de cambios en la recta de Camplongo, se acordaba del día en que su abuelo conoció el trigo, en su primer viaje a Campos, un san Miguel.

Disfrutaba mucho acelerando en ese tramo, después de empatar giros, mandros y tirones. Un bache más profundo de lo esperado desajustó el cardán, el automóvil comenzó a balancearse y, como un fuelle agotado, finalmente se paró.

Su abuelo contaba que los preparativos llevaban días. Revisaban los animales, los carros y las mercancías para el trueque: yugos, madera, laurel, nueces... y que hacía mucho frío, que preferían los tramos recortados entre las curvas, que los gües iban más confiados y protegidos. Decía que, en el momento en que atisbaban esa recta que Benjamín recordaba, ya habían hecho el ritual —pagano y útil—: el cuello elevado bordeando la garganta, la camisa atacada, los calcetines sobre las perneras de pana.

Incrédulo ante el parón, Benjamín salió del coche y se puso el abrigo. El aire, moviéndose en láminas puntiagudas, le cortaba. Cogió el móvil y vio que no tenía cobertura. Con el brazo extendido, arrugando la

nariz, giraba sobre sí mismo con la esperanza de encontrar señal. Saltó el pastor eléctrico y pasó a la campera lateral. Decidió remontar unos metros al pequeño cueto, a ver si desde la altura era posible contactar con la grúa del seguro.

Le contó también que a Sahagún iban expectantes y volvían con alegría. Hoy resulta raro que la harina sea un sinónimo de alegría. Y que no solo había ido varios años a Campos, sino que en dos momentos habían ido a Toro. ¿Habían visto la colegiata? Pues un día por fuera, pero ellos a lo que iban era a por vino. Y, cuento corto: volvían de Toro más alegres que de Sahagún.

Justo cuando estaba llegando a lo alto, buscando el 4G en su pantalla del teléfono, pero solo había una H intermitente, vio —a lo lejos y diminuto— un coche. Benjamín bajó corriendo y luego, tras el tropiezo, volando. Se quedó inconsciente, rodeado de vacas curiosas al principio y apáticas siempre.

Le había contado también que cada vez que salían temían algo y el pensamiento hacia lo desconocido paralizaba. Que la mayoría de las veces todo había salido bien. Que las disputas internas y diarias entre vecinos quedaban amortiguadas ante la potencial agresión común. Que se defendían y apoyaban entre ellos. Le había dicho, además, pellizcando el cigarro y tensando las mandíbulas,

que en algunas ocasiones los viajes se interrumpieron, se frustraron, no salieron y entonces sentía mucha pena de saber tanto.

Desde el suelo y sintiendo que alguien movía su cabeza, Benjamín entreabrió los ojos en ese limbo sueño-realidad y vislumbró a un hombre enjuto, muy moreno y de piel cuarteada. Le hablaba desde una boca sin dientes, pero no le oía. Desencajó la mandíbula y sus oídos se activaron. Fijó más la vista y recordó. Apoyándose en el deambulante consiguió llegar a la carretera, donde bebió agua. Subió al coche del rescatador. Un invasor olor a ajos lo despertó aún más. El

conductor, aquel vendedor ambulante sonriente, puso la calefacción y Benjamín fue templándose.

El coche arrancó.

La rueda sigue.

Marta Gómez



SANTA MARÍA DE SANDOVAL

Pilar García Llamazares

El monasterio de Santa María de Sandoval es el monasterio de mi vida, un lugar mágico a donde íbamos de excursión todos los años al finalizar el curso como premio a nuestro merecido esfuerzo durante el año lectivo.

Este monasterio está situado en Entrambasaguas, en medio de un valle fértil que riegan los ríos Porma y Esla y en la milla de oro de los monasterios: San Pedro de Eslonza, S. Miguel de Escalada, Santa María la Real en Gradefes y al lado de la famosísima ciudad romana de Lancia, hoy bastante abandonada, y rodeada por las cuevas menudas desde donde el crepúsculo nos ofrece un paisaje sereno y colorista que sobrecoge por la belleza. El clero siempre elegía lugares de ensueño para construir sus edificios.

El río Porma, antes de tener su propio pantano, sufría estiaje y se podía atravesar a pie. Entre el monasterio y mi pueblo solo nos separaba el río, así que nuestra profe Doña Milagros nos premiaba todos los años con esta visita. El cenobio estaba y está en ruinas, pero ya menos, porque alguna subvención ha llegado y se están reconstruyendo algunas zonas.

En aquellas ruinas los niños/as jugábamos a saltar los muros, al escondite, a lanzar la piedra más lejos... Había una señora que nos enseñaba la iglesia y nos explicaba el estilo y lo que pudo haber sido el monasterio,

pero yo ya no me acuerdo de nada porque mi objetivo era divertirme. Algo extraordinario tenía ese lugar porque a mí me dejó impresionada de por vida; las ruinas daban fe de ello.

Este convento data del siglo XII; los monjes cistercienses recibieron estos terrenos para construir su residencia terrenal. Por sus dimensiones, parece que se habría construido para una gran comunidad, pero los datos históricos dicen que no hubo más de 30 o 40 monjes. Como se fueron edificando y añadiendo estancias, conviven diferentes estilos en su construcción: tardorrománico, gótico tardío, neoclásico...

Como está muy cerca del Camino de Santiago, es fácil imaginar que acogiera a peregrinos que quisieran descansar y meditar.

Durante siglos sus muros escucharon mucho silencio, solo interrumpido por las oraciones y el monódico cántico gregoriano que estaba muy en boga en la Edad Media. En el año 1836 solo quedaban 8 monjes, pero con la desamortización de Mendizábal llegó el silencio total, el abandono y el pillaje.

En la actualidad, de mayo a octubre, los primeros domingos del mes se pueden volver a escuchar los cánticos gregorianos que nos devuelven a aquel apogeo que se vivió. En las zonas que se han restaurado se hacen exposiciones temporales, presentación de libros, conciertos... Poco a poco

está volviendo a la vida y situándose no solo en el mapa de León, sino también en el del mundo.

Carlos Núñez ha elegido este lugar para su gira en lugares mágicos y ahí está su cita cada verano. Algunos conciertos más nos llevan allí varias veces al año. Esta es la primera temporada que se hace un concierto de velas y candelas con un scherzo y una soprano que nos deleitó con música de películas célebres como “La vida es bella”, “Titanic”, “El último mohicano”, “Gladiator”. El concierto tuvo lugar en el Claustro Neoclásico, que está en

plena restauración, pero que va a quedar un recinto idóneo tanto para conciertos como con vistas a la meditación.

Me encanta que el monasterio de mi vida vuelva a renacer.

Pilar García Llamazares



SIN ETIQUETA

Nina Peñasacra

Muchas cosas suceden o pueden suceder cuando la mollera se deja a la deriva, dejando que penetre así en el instante que estás viviendo. Como ahora mismo si, por ejemplo, estás sentad@ un *ratín* en el escaño de tu cocina. Si tienes una ventana detrás y al sol le ha dado por acariciarte, puede arderte la cabeza como a los del purgatorio antes de que un jeque de fumata blanca dijera que ha dejado de existir. Es entonces cuando haces un minúsculo movimiento de nalgas y percibes los millones de años de luz que te has desplazado. Este mínimo gesto ha hecho que la minina que duerme a mi lado entreabra los ojos para luego hacer una caída de párpados a lo Bette Davis. Sigue sin inmutarse, ni de la estrella más cercana, ni del tiempo que nos dicen que transcurre, y menos aún de mí (salvo comida/bebida, limpieza de arenero y adoración incondicional). Cuánto que aprender de los de cuatro patas, una alerta que pasa desapercibida al disfrazarse de una apacible pereza.

Ya desde otra perspectiva, y una vez eliminado el limbo áureo que a la vez hacía la función de somnífero, la atención recae sobre la mesa de madera. Es lo que tiene la curiosidad, que va por libre, no responde al algoritmo, te susurra que el salvaje oeste está en el Polo Norte, y punto. El mueble no es que contenga nada en especial, aunque opino que podrían escribirse verdaderos y mentirosos trata-

dos, ensayos, relatos, cuentos, guiones, antídotos, prospectos ...o lo que sea que se le ocurra a algún extraterrestre vecino, de todo lo que pueda discurrir alrededor de una mesa. ¿Cuántos secretos y representaciones teatrales han soportado en sus digestiones? Solo ellas lo saben. Incluso han hecho huelga; convocado una asamblea y, bajo un emblema que consiste en un escudo con unas iniciales, como pudiera ser la de cualquier administración pública o empresa privada y un logo (en este caso una mesa redonda al estilo artúrico); han decidido por unanimidad dictaminar oídos sordos a los ruegos y preguntas ajenos. O sea, los comedores y bebedores que las soban con los codos apoyados. Los periféricos, vamos. Mención aparte merecen las mesas de despacho.... ¡Uy! Eso es harina de otro costal. Sin comentarios, bastante tengo con la de la cocina.

Encima:

1) Hojas de un taco de calendario jesuítico, algunas de las cuales están echando a andar sobre sus letras y se introducirán con calma en las solapas de algún libro que sea de su temática. Las otras se están poniendo en modo papiroflexia y forman pequeñas aves que a punto están de planear hacia la papelera de reciclaje del PC en forma de bolsa de cartón para reciclaje; que para eso pagamos el impuesto. Una en forma de ave fénix se ha puesto rebelde, así que antes de que la dé por

renacer y tener autonomía propia la he soplado y se ha convertido en ceniza. Me sorprende y me regaño por mi actitud, ha sido un acto reflejo heredado de no sé qué. *¿Seguro de no sé qué?*

2) Un bote de miel de un apicultor de la zona, sin pegatina en el cristal, solo color y sabor. La tapa estalla como una botella de champán sin París y con una elegancia felina sale volando la abeja reina con una corona roja del Bajo Egipto. Es entonces cuando te acuerdas de los zánganos, las obreras, las pirámides y el Ojo de Horus que todo lo ve, y ahí lo dejas, ya que... ¡Uno! Como dijo Marco Aurelio *“Lo que no es malo para el panal, no puede ser malo para las abejas”*, o ¡Dos! *“La fábula de las abejas”* de Bernard Mandeville: los vicios privados hacen prosperidad pública.

3) Y un cesto antiguo de alambre que contiene un solo huevo. Claramente pertenece a la casta de los que se niegan a que se les estampe un sello y meterse dentro de un cartón serigra-

fiado en el mejor de los casos. El resto de los que me trajo a comienzo de semana mi colindante Evelio, después de entablar una áspera conversación con su gallo-despertador-fin de semana, se han convertido en pasado. Lo miro y está justo en el centro, contenedor de algún multiverso que guarda el misterio de los misterios: *¿qué o quién fue antes?* Del huevo prefiero no hablar, me produce un temblor sagrado que con solo pensarlo sacude el suelo de barro cocido y me pone los pelos tan eléctricos que al final acabo elevándome hasta tocar con ellos en el techo. Acabada la descarga, me doblo hacia un lado como las flores de mariposa moradas que se cierran al oscurecer. Hundo mi cabeza en un enorme cojín para disfrutar de uno de los mejores inventos humanos: la *siestina*, el descanso de las neuronas hastiadas de tanta exigencia productiva.

Mientras le paso el dedo índice por la barbilla a mi gata; las hojitas del calendario, la miel y el huevo se convierten en eso.

Nina Peñasacra



TIEMPO DE VENDIMIA Y OTROS PENSAMIENTOS

Mirva Valdeburón

Ha oscurecido aproximadamente hace una hora, pinteá levemente cuando por fin llego a casa. Intento dejar fuera el peso del día junto con el paraguas que aparco en la entrada. Me sacudo la lluvia y la angustia, aunque no logro desprenderme de ambas.

Me sirvo un vino de uva Albarín en una copa de balón, idónea para un buen tinto. Me gusta tomar el blanco de ese modo, poner en la base de la copa dos uvas congeladas y contemplar los reflejos ambarinos largamente; imagino que el resto de la angustia se disolverá transformándose en color.

Acabo de recordar que es tiempo de vendimia; el contenido de la copa desprende aromas de otoño, tierra, nostalgia, pobreza y sangre. Sangre de generaciones y savia antigua que se mezclan entre cultivos, culturas, dolor y hambre.

Muevo el contenido de la copa y recorro con la mirada el viejo huerto con su parra retorcida y velluda como las manos que le dieron forma y consiguieron que trepase por la fachada y se emparrara en la red de metal, imperfecta y oxidada, que a lo largo de los años se iba ampliando, remendando, limpiando.

Siempre me llamó la atención el hecho de que la parra fuese principalmente para sombra. A pesar del empeño tozudo que se ponía en proteger cinco racimos de uvas, envueltos cuidadosamente en trapos de algodón,

como si fuesen bebés recién nacidos a los que proteger de algún espíritu maligno.

Continúo contemplando la copa de vino y mi álbum de recuerdos se precipita hasta llegar a una fotografía detenida en demasiadas casas. Veo el sol de finales de agosto formando una cortina brillante al filtrarse entre la capa de polvo que se desprende al bajar las maletas de los altillos de los armarios y presiento el vacío que dejan los vendimiadores en sus hogares: el vaso de leche caliente de la mañana, la ausencia del beso al acostarte, el olor a jabón de la madre. También la promesa de un retorno alegre que mejorará la economía familiar y destrozará lentamente las espaldas a golpe de porteo o tijeretazo.

El tiempo nos precipita casi imperceptiblemente hacia nuevas realidades, aquellos vendimiadores que se pasaban casi dos meses recogiendo las uvas desde Burdeos hasta Alsacia están jubilados, son nonagenarios o en el peor de los casos ya no están con nosotros. Los hijos de aquellos temporeros hemos olvidado de dónde venimos, ahora vivimos en un país que es productor de vinos excelentes; un país rico y moderno, como era Francia cuando nosotros teníamos que emigrar.

Desde los ojos de una personita de piel blanca de once años, puedo ver claramente las imágenes en blanco y negro de la partida de mis pa-

dres, pero también sentir el abrazo del reencuentro.

Desde los ojos de una personita de piel negra de once años, que sale de su país con lo puesto porque cree que no puede haber nada peor que quedarse donde está, solo puedo ver desesperación.

Cuando nos quedamos en la superficie de las cosas, somos incapaces de reconocernos en las personas que llegan a nuestro país simplemente a trabajar, a mejorar su vida y la de sus familias, a disponer de un futuro o en el peor de los casos a huir de la guerra, la persecución y la hambruna.

La fotografía del presente incluye una copa refinada de vino reflejo del tradicional clarete. Un lujo y, al tiempo, anestesia para calmar la desazón que produce esta vida extraña, donde ponemos el foco en lo externo, en lo que podemos producir, computar, facturar, exhibir, demostrar. Respiramos en ausencia de oxígeno, nos ahogamos lentamente.

El vino elaborado con uva de la variedad Albarín representa lucha y tesón, marinados con bastante cabezonería y arraigo a la tierra. Representa a un tipo de hombre que luchó por mantener una cepa única cuando el mercado promovía su desaparición y conseguía que se replantaran las tierras de verdejo blanco que en ese momento estaba en alza.

En ocasiones hay personas que tienen otra mirada, que son capaces de mantener sus convicciones, sentir lo que vale la pena mantener porque es único, porque pertenece a un lugar que lo hace emblemático y valioso

y porque consideran relevante mantener la identidad y las raíces.

He caminado sintiendo esas raíces, quiero sujetar la tierra y conservar en la piel la suerte de mis antepasados para poder comprender lo que sucede, fundir vías de ferrocarril y maletas con pateras y esperanza. No me aferro al pasado, pero tampoco rechazo lo que nos enseña; aprendo de esa resiliencia silenciosa y de todo el sufrimiento que lleva implícito. Es posible que me ayude a interpretar el presente, a entenderlo, a encajarlo para no volverme insensible, indiferente.

Mirva Valdeburón



OJO CRÍTICO

EL PUEBLO DUERME

El pueblo duerme; el fuego sueña con devorarlo

JUAN CARLOS MARTINEZ

